

El caballo.

3 de enero de 1889, Turín, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche pasea por sus calles absorto en sus pensamientos. Cerca de la actual plaza de Carlo Alberto, un ruido perturbador le hace salir de su interior más íntimo para enfrentarse al mundo que lo rodea. El inquietante sonido aumenta y le impulsa a dirigirse al lugar del que proviene. Pronto distingue en él la voz áspera y airada de un hombre entremezclada con relinchos lacerantes de un caballo.

Conforme se acerca observa lo que ocurre no muy lejos de él. Un carro completamente cargado de mercancía trata de avanzar entre las calles, pero al exhausto animal que tira de él le resulta casi imposible mover tan pesada carga. El conductor del carro no duda en golpear una y otra vez el lomo del caballo con su látigo para que éste reaccione y continúe su marcha. Pero es imposible, el viejo jamelgo no consigue avanzar. Aún así el carretero no cesa en su empeño, golpeando y gritando iracundo al pobre animal, «o andas o te mato a golpes maldita bestia».

Nietzsche corre todo lo que puede, tiene que evitar el salvajismo de aquel despiadado hombre, su alma se revela ante el dolor sin sentido infligido de aquel animal. Instantes antes de alcanzar el lugar contempla como cae sobre sus patas, la sangre brota de su lomo ante los continuos latigazos que aún así recibe de su amo, su boca abierta anuncia su cruel destino.

Nietzsche se postra frente al caballo, abraza su cuello mientras exhorta al violento dueño que cese su tortura. Los relinchos son ya casi inaudibles. La crueldad del ser humano es en ocasiones difícil de asimilar y en este caso termina por embotar el alma del filósofo. Las lágrimas que corren por sus mejillas no logran desahogar su profundo pesar.

Muchos fueron los que contemplaron la escena, aunque pocos entendieron tal exhibición de afligidas emociones ante la muerte de un simple caballo, hay muchos más. Pero sordo a todo lo que le rodeaba Nietzsche susurró al oído del animal algo prácticamente imperceptible para los que lo rodeaban.

—Madre naturaleza, perdona a nuestra especie, hacemos daño sin sentido, golpeamos por placer, destruimos lo que nos rodea e incluso a nosotros mismos, quizás pienses que nunca cambiaremos, que nos exterminaremos entre nosotros, pero yo tengo esperanza en el ser humano, lo sé “madre, soy tonto”.

En ese momento cayó desplomado al lado del cuerpo inerte del animal. Por desgracia aquel desvanecimiento supuso mucho más que una transitoria pérdida de conciencia, supuso el inicio de su viaje hacia un recóndito y oscuro lugar de su mente del que nunca pudo escapar. Nietzsche apenas volvió a balbucear unas palabras el resto de su vida, hubo un antes y un después tras este trágico suceso, su mente colapsó, tal vez rompió con el ser humano y decidió volar más allá. Para el resto de sus conciudadanos se convirtió simplemente en un loco, y como tal pasó el resto de su existencia con tratamiento psiquiátrico. No volvió a escribir ni a hablar. Falleció once años más tarde de aquel trágico suceso que tan dolorosamente marcó su vida.

Y ahora, reflexionando sobre aquello, acuden a mi mente unas inquietantes palabras del propio Nietzsche, “cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti”.